

Los jesuitas discernen

BORJA VIVANCO

DOCTOR POR LAS UNIVERSIDADES DE DEUSTO Y DEL PAÍS VASCO

Tras su última congregación, habrá que ver si la compañía es capaz de profundizar en el diálogo intrarreligioso y acompañar a los cristianos perseguidos como recuerda la película 'Silence'

La última Congregación General de los jesuitas reunió el pasado otoño en Roma a doscientos miembros de la compañía, que eligieron como nuevo superior general al venezolano Arturo Sosa, y reflexionaron sobre la próxima hoja de ruta de la orden.

En la actualidad la congregación cuenta con la mitad de miembros que hace cinco décadas. En realidad Ignacio de Loyola nunca concibió una orden religiosa de gran envergadura. En 1542 escribió una carta en la que estimó que, de los sesenta jóvenes que habían comenzado el noviciado, perseverarían menos de cuarenta, por el alto nivel de exigencia y sobre todo de constancia que, ya en sus albores, la congregación solicitaba a sus candidatos.

Es comunmente aceptado que la compañía ha sufrido más que otros institutos religiosos las encrucijadas sociales y culturales de la secularización y la modernidad. De focalizar sus mejores esfuerzos en la educación de las clases dirigentes, desde una posición alineada con los «valores burgueses», muchos jesuitas introdujeron –alrededor de 1970– el análisis marxista en su reflexión

teológica; generando vértigo y una fuerte crisis de identidad en muchas de sus comunidades y proyectos apostólicos.

España fue testigo de las tensiones y divisiones más fuertes que se vivieron. Jesuitas veteranos, muchos de ellos de recia espiritualidad, gran carisma y alta formación intelectual, solicitaron organizarse de manera independiente a fin, según explicaban, de vivir fielmente el carisma original de la compañía. Pablo VI desestimó, casi in extremis, aquella solicitud que, con toda seguridad, hubiera abierto la puerta a la primera escisión en la historia de la orden, como las vividas en siglos anteriores y con argumentos análogos por benedictinos, franciscanos o carmelitas.

La capacidad de liderazgo y de suturar heridas que tantas veces demostró el bilbaíno Pedro Arrupe, entonces superior general, fue posiblemente el mejor recurso con el que los jesuitas contaron en aquel entonces para evitar una «ruptura» definitiva.

Sin embargo, fue conocido por todos que algunos de los jesuitas más incómodos, por la evolución de la compañía, 'desviaron' vocaciones religiosas y sacerdotales hacia se-

minarios y 'nuevos movimientos' que, en su opinión, garantizaban «mayor seguridad doctrinal». No obstante, las dificultades para acoger bajo el paraguas de la compañía a todos aquellos que se identifican con la espiritualidad ignaciana no deben atribuirse necesariamente a su falta de capacidad de acogida. Toda orden religiosa tiene sus límites naturales para lograr ser operativa. La espiritualidad de Ignacio de Loyola es demasiado rica para circunscribirse al perímetro del instituto que él mismo fundó.

Así y todo, siempre fue un desafío para la compañía el cohesionar, integrar bajo un mismo liderazgo y sobre todo despertar sinergias entre ministerios apostólicos tan diferentes. Los jesuitas tutelan, entre otras, obras tan distintas como colegios y universidades, parroquias y ONG, emisoras de radio, editoriales u observatorios astronómicos. Comprobaremos también si la compañía es capaz de profundizar en el diálogo interreligioso y a la vez recuperar su histórica tradición, ahora tan acuciante, de acompañar a los cristianos perseguidos y que precisamente la película 'Silence' nos acaba de recordar.

El envejecimiento de la Compañía en Occidente no solo no ha obstaculizado que la orden fortaleciera la mayoría de sus obras apostólicas, sino que además no ha impedido que creara otras nuevas; gracias a su capacidad para colaborar con un laicado cualificado y comprometido con su misión.

Ahora bien, la disminución en el número de jesuitas corre el riesgo de no generar una 'masa crítica' a partir de la cual germinen grandes personalidades como las que hemos conocido en tiempos recientes, como Pierre Teilhard de Chardin, Alberto Hurtado, Karl Rahner, Pedro Arrupe, Ignacio Ellacuría y Carlo María Martini. O el Papa Francisco. Veremos de qué manera la Congregación General XXXVI es capaz de vigorizar a los hijos de San Ignacio.